

Asilo nos darán; nuestra mancilla
Allí ocultemos, y pongamos tierra,
Genaro, entre nosotros y Castilla.
Partamos antes que se cumpla el plazo,
Y espere ese infeliz con su locura;
Y antes que á Roquefort tienda su brazo
Castilla, huyamos en la noche oscura.

Gen. Teneis razon, partamos.

Arg.

Ese anciano
Que se vuelva á Tolosa antes del dia,
Y nuestra fuga ignore; al castellano
Y al conde nuestro rastro marcaria.

Gen. Al punto partirá. ¡Pobre Lotario!

Arg. Déjale reposar: le es el reposo

El único calmante necesario:

Calma el sueño su espíritu afanoso.

¡Duerme, bien mio! duerme, y si piadoso

El cielo me concede solo un hora,

Un hora escasa de merced y amparo,

Lejos de aquí os hallará la aurora.

Gen. ¡Argentina!

Arg.

¡Ay de mí! vamos, Genaro.

ESCENA VIII.

LOTARIO, DESMAYADO, ARRIBA; EL CONDE,
ARMADO Y CON VISERA; ZELINA, CON VELO;
HASSAN, ABAJO.

Conde. ¿Llegamos ya?

Zel.

Sí, señor.

Conde. ¿Esta torre les esconde?

Zel. Este es su castillo, conde;

Ya estamos en Roquefort.

¿Traeis decision?

Conde.

Me sobra.

Zel. Será fuerza recordaros...

Conde. Basta, mora, de reparos.

Zel. Pues bien, manos á la obra.

Conde. Espera.

Zel.

¿Dudais?

Conde.

Escucha:

Para entrar en esa torre

Poca gente nos acorre.

Zel. No necesitamos mucha.

Con la razon y el furor

Que traigo, y con mi arrogancia,

No temo á toda la Francia,

Cuanto mas á Roquefort.

Para que esta fortaleza

Se desplome á nuestros piés,

Mas que el poder útil es,

Señor conde, la destreza.

No, por Dios, no por medio año

La ira en mi pecho escondí

Para trocar hoy aquí

Los frenos en nuestro daño.

Lenta y cautelosamente

He acechado yo mi presa
Como entre la yerba espesa

Escondida la serpiente.

Busqué mi ocasion feliz,

Y la busqué con tal tino

Como aquella su camino

Entre raiz y raiz.

¡Oh! sí, la venganza es esta:

Y habrá de ser, Dios mediante,

A nuestra injuria bastante,

Y á Roquefort bien funesta.

Pero si no os sentís vos

Con razon harta ó coraje,

Podeis deshacer el viaje,

Yo cumpliré por los dos.

Conde. Me ahoga el furor, Zelina,

Solo esas torres con ver.

Zel., con intencion muy marcada. Y en

esa hay luz; puede ser

Que esté alumbrando á Argentina.

Conde. No me la nombres.

Zel.

¿Porqué?

Conde. Ese recuerdo me mata.

Zel. ¡Aun á esa francesa ingrata

Su corazon guarda fé!

A lo que estoy, castellano,

Comprendiendo en tu semblante,

No tiene brio bastante

Tu corazon ni tu mano.

Mas para tu bien te advierto

Que al amor y á la venganza

Va sin freno y sin templanza

Mi corazon del desierto.

Conde, con calma. ¿Y crees tú que sin furor

Dí cima á tan largo viaje?

Zel. Pues no olvidéis el ultraje

Que os arrastra á Roquefort.

Aquella noche espantosa

En que vencedor del moro

Cambiásteis por gloria y oro

El amor de vuestra esposa.

Conde. Silencio, esclava... por Cristo

Terrible noche fué aquella,

Y solo yo lloré en ella

La gloria que á España dí.

Lot. Pasó esa fantasma fiera...

Respiro al fin... ¡ay de mí!

Zel. (Siempre ese fatal recuerdo

Le exaspera y le atosiga.)

Conde. Esa memoria se abriga,

Vive eternamente aquí.

Sí, yo entré entonces en Burgos

Al doblar de los tambores,

Con mas aplausos y honores

De los que soñé jamás;

Pero llegué á mi palacio,

Y al pasar por sus dinteles

¡Ay! mis honrosos laureles

Maldije, y mi sér quizás.

Las puertas vi de mi alcázar

Para recibirme abiertas,

Mas nadie salió á mis puertas

Para darme el parabien;

Y los siervos y las damas

Que dejé en él en mi ausencia,

Esquivaron mi presencia

Cual de mi gloria en desden.

En vano me entré iracundo

Por mis puertas adelante,

Llamando con voz pujante

A mi gente desleal;

Solo el eco que en las bóvedas

Cóncavas se guarecia,

A mis voces respondia

Con lamento funeral.

Rabioso pregunté: « ¿Dónde

Mi servidumbre se encuentra? »

Y el eco me dijo: *entra;*

Y entró en mi alma el pavor.

Con voz esclame doliente:

« ¿Qué es de mi esposa querida? »

Y el eco me dijo: *¡ida!*

Con acento de dolor.

Con voz iracunda dije:

« ¿No hay quien me dé una respuesta? »

Y el eco me dijo: *esta.*

Y ahogándome de furor,

« ¿Quién, dije, en mi casa propia

Va sin freno y sin templanza? »

Y el eco retumbó: *¡Francia!*

Por el largo corredor.

Lancéme por él al punto

Por un instinto guiado,

Crucé el corredor aislado

Y al oratorio llegué;

Abri la puerta con impetu,

Y al tender dentro los ojos,

En torno al altar de hinojos

A mis gentes encontré.

« ¿Qué es esto? dije asombrado

De lo que en ella veia:

¿Pensábais, pues, que vendría

Mi alcázar propio á saltar?

¿Porqué os acogeis al templo?

¿Qué es esto, gente menguada? »

Pero la turba callada

Ni aun la vista osaba alzar.

Hasta que entrándome airado

Por la mansion religiosa

Y el semblante de mi esposa

No alcanzando ver allí,

Así con ira del cuello

Al que topé mas cercano,

Y con la daga en la mano,

Le dije iracundo así:

« ¿Adónde está la condesa?

Di, ó mueres tras mi demanda; »

Y el eco murmuró: *anda;*

Porque aquel hombre calló.

« Hablad, por Dios, dije atónito,

¿Vuestro dolor qué me arguye?

¿Dó está mi Argentina? » *¡Huye!*

El eco sordo gimió.

Lot. Déjame, historia tremenda;

Tu recuerdo me estremece,

Hasta en sueños me parece

Que te escucho por dó quier.

(*Vuelve á reclinarse.*)

Conde. ¡Y huia en verdad de Burgos!

¡Huia de mí, Zelina!

(*Desde aquí debe verse en esta escena*

escesivamente marcado el secreto amor

del conde y la incertidumbre de la

mora.)

Zel. (¡Siempre la misma Argentina,

Siempre esa fatal muger!)

Conde. (Siempre ese triste recuerdo

La da á la infeliz enojos,

Y se agolpan á sus ojos

Las lágrimas sin querer.)

¡Tú lloras, mora!

(*Vuelvese de repente.*)

Zel. Señor...

Conde. Zelina, á través del velo

Te vi llorar; vive el cielo!

Al dar vista á Roquefort.

Seis meses há, tu tristeza

Te está el corazon royendo

Y por tu llanto comprendo

Que se mengua su entereza.

Seis meses há, y no me has dicho

La razon de tu pesar...

Si yo la he de averiguar,

Nada debo á tu capricho.

Zel. Seis meses há que yo sola

Mi tristeza estoy sabiendo,

Pero mi llanto comprendo

Que mi firmeza acrisola.

Y si en seis, de mi tristeza

No habeis dado en la razon,

No tiene mi corazon

Culpa de vuestra torpeza.

Conde. Si un corazon africano

Puede al par con dos pasiones,

Para dos, dos corazones

Necesita un castellano.

Porque él se entrega á una sola

Todo entero, y mas no avanza

Hasta que entera la alcanza

Con entereza española.

Con que ese llanto deten,

Que si á la venganza vas,

Mientras vengada no estás

Llorar tu amor no está bien.
¿Has entendido?

Zel. ¡Quizá!

Conde. Pues echa á un lado tu amor
Y vamos á Roquefort,
Que allí la venganza está.
Y pues la noche se anda
A largo paso, al rastrillo
Llega, Hassan, de ese castillo,
Y al castellano demanda
Para esta noche hospedage,
Que fuera muy triste paso
Hacernos dormir al raso
Después de tan largo viaje.
Hass. Harélo así.

(Hassan va á subir y se detiene al oír á la
mora, que le dice:)

Zel. Hassan, detente,
Que siento el puente crugir
Y va tal vez á salir
Sin apercebirnos gente.

ESCENA IX.

LOTARIO, EN LA TORRE; EL CONDE,
ZELINA Y HASSAN, OCULTOS.

(Bájase el puente y salen por él Genaro y
Ginés.)

Gin. ¿Con que me echa del castillo
De la noche á la mitad?

Gen. Por ese sendero echad
Y hallareis un bosquecillo
Donde podeis recogeros.

Gin. A fé que esta fortaleza
Mas que casa de nobleza
Es mansion de bandoleros.
Pero no tardará mucho
Ese torrente en seguir,
Que el plazo se va á cumplir.

Lot. ¡Santos del cielo, qué escucho!

Gin. Y dígame á su señor
Que rayan días mejores
Y traerán nuevos señores
Al solar de Roquefort.

Gen. ¡Bueno!

Lot. ¡Otros dueños aquí!
¿Quién dice tal impostura?

(Va á acercarse á la ventana para mirar
y retrocede con temor.)

No, no; que me da pavora
Esa ventana ¡ay de mí!
No, como siempre mi huella
Saldrá ese espectro á tener...
Mis ojos no pueden ver
Mas que su sombra tras ella.

(Durante estos versos Ginés desaparece.)

Genaro se adelanta hasta la peña en
que se apoya el puente. Hassan trepa
por ella hasta colocarse entre Genaro
y el puente. El conde y Zelina apare-
cen un momento despues, y al huir de
ellos Genaro, da con Hassan, le sor-
prenden y mientras le atan, etc., etc. —
Dice arriba Lotario.)

Gen. ¡Ay!

Lot. ¡Qué lamento! ¡Ahí está!

Bien decía yo; ¡ella es!...
Esa cabeza... ven pues,
Espectro, á mis manos ya.
Ven, aparicion liviana,
De quien siempre me dividen
Y á quien destrozar me impiden
Los hierros de esa ventana.
Ven, trae un cuerpo real,
Cruza ese oscuro dintel
Y ven á lidiar con él
Cuerpo á cuerpo y por igual.
Ven, no te temo así, no:
Y en lucha desesperada
Con tu postrer carcajada
Cantaré mi triunfo yo.

Zel., abajo. Ahora por ese postigo
Meted, conde, vuestra gente.

ESCENA X.

LOTARIO, ZELINA.

(El conde queda guardando á Genaro:
Hassan parte hácia el bosque: Zelina
pasa el puente y entra en el castillo.)

Lot., arriba. ¡Oh, callas traidoramente!

No; no te atreves conmigo.

¡Cobarde! ¡yo te provooco

Y tú con pavor te escondes!

¡Te llamo y no me respondes!

¡Por Dios que vales bien poco!

¡Me temes, espectro, sí,

Ahora que me ves con brio!

Pues bien, yo te desafío.

(Zelina entra en la torre por la puerta del
fondo.)

Zel. Pues bien, Lotario, héme aquí.

ESCENA XI.

LOTARIO Y ZELINA, EN LA TORRE; EL
CONDE, EN EL PUENTE.

Lot. Tú, tú, ¿quién eres tú?

Zel. ¿No me conoces?

¡Yo su espíritu soy, yo soy su hija!

(Aparta el velo.)

Lot. ¡Mi esclava!

(En esta escena muestra Lotario la va-
riedad de la demencia.)

Zel. Y héme aquí pronto á tus voces.

Lot. ¡Luego bajo tu forma se cobija
Su sér, y en su lugar te me apareces!
Pronta á mi voz...

Zel. Sí, sí, ya espiró el plazo
Y en vano de tus torres te guareces,
Polvo las torna mi potente brazo.
¿Qué has hecho de mi padre?

Lot., con pavor. ¡Esclava, calla!

Duerme allí su cabeza, en el torrente,

Y esa reja no mas sirve de valla

Entre el espectro y yo.

(Zelina va á asomarse y Lotario la de-
tiene.)

¡Necia, detente!

Detente, sí; ¿no ves que al asomarte

La vas á despertar, y ella irritada

Se asomará tambien de la otra parte

Lanzándote á la faz su carcajada?

Zel. ¡Miserable de tí! ya te comprendo:
Tu conciencia me venga de tí mismo.

Lot. ¿Me comprendes? Pues bien, lo estás
oyendo:

No te asomes jamás, hay un abismo.

ESCENA XII.

DICHOS; ARGENTINA, CON VELO, QUE AL
SALIR POR LA IZQUIERDA DA UN GRITO.

Arg. ¡Cielos, aquí la esclava!

Zel. Aquí, señora:

Del plazo que otorgué pasó la hora

Y héme aquí ya.

Arg. ¿Y qué quieres, desdichada?

(Señalando á Lotario.)

La mano del Señor hirió su mente,

Y estás del cielo por demas vengada.

Zel. Condesa, ya lo sé; no quiero nada

De ese hombre, le perdono.

Lot. ¡Dios clemente,

Tú puedes perdonarme! ¡Oh! ¿me perdonas?

Sí, viven en tu sér ambas personas:

Tú acudiste á mi voz, y eres, lo has dicho,

El espíritu que habla en el torrente;

Tú eres el sér de esa vision odiosa

Que detrás de tu forma se cobija.

Tú estás en su lugar, y generosa

Tú puedes perdonarme, eres su hija.

¡Ay! dime por piedad que desde ahora

No tornarás á ser sombra tirana,

Ni guardarás su forma aterradora,

Ni vivirás al pié de esa ventana.

¡Dimelo por piedad! ¿podré asomarme

II.

A contemplar en paz esa cascada,
Sin que salga tu espíritu á asombrarme,
Sin que vuelva á escuchar tu carcajada?

(Hassan, seguido de muchos soldados de
Castilla disfrazados de peregrinos, en-
tran tras el conde en el castillo durante
esta escena.)

Arg. ¿Lo ves? no le atormentes, vete,
mora.

(Zelina se cruza de brazos con dignidad.)

Zel. Espero.

Arg. ¿A quién?

Zel. A un hombre.

Arg. ¿Al conde?

Zel. Al conde.

Arg. ¡Te sigue! ¡oh! siempre sospeché
traidora

La pasion infernal que tu alma esconde.

Le amabas, y tal vez correspondía

Tu amor.

Zel. ¡Silencio!

Arg. Y la razon es esa

Que á Roquefort te trae... me lo temia;

Eso es, mora, tu plazo y tu promesa.

(Asoma el conde y se detiene á escuchar al
dintel de la puerta.)

Zel. Pues bien, yo le amo: mas gran-
deza aprende

De un corazon de esclava. Si él ahora

Vuelve hácia tí sus ojos y te tiende

Satisfecho su mano protectora,

A mi razon mi corazon se humilla.

Sí, ahogaré mi pasion dentro del pecho

Y á ser tu esclava volveré en Castilla.

Mas siempre, siempre atada á nuestro lecho

Y tendida á los piés de vuestra silla,

Noches y dias viviré en acecho;

Y humilde sí, mas suspicaz leona,

Yo guardaré su honor y su corona.

No le olvideis, condesa; si imprudente

Cedeis á otra pasion, si otra os aqueja,

Vos el ángel seréis que su alma tienta,

Yo el ángel tutelar que le proteja.

ESCENA XIII.

DICHOS, EL CONDE.

Conde, saliendo. ¡Gracias!

Zel. y Arg. ¡Cielos! (De rodillas.)

Conde. Hassan, cumple tu oficio.

Arg. ¡Perdon!

Conde. No.

(Hassan la lleva por la puerta de la
izquierda.)

Lot. ¡Vive Dios! ¿qué maleficio

Contigo va? ¿Quién eres, extranjero,
Ante quien todo con pavor se humilla?

Conde. ¿Quién he de ser? el conde de
Castilla.

Lot. ¡El conde! Tú y en Roquefort,
¿qué quieres?

¿Qué buscas, vive Dios, conde altanero?
Si á apartarla de mí tu saña viene,
El corazón me arrancarás primero.

Conde. No ayuda Dios á quien razón no
tiene

Hassan, ¿cumplistes? (Sale Hassan.)

Has. Si.

Conde. Pues desde ahora
Guarda tú á Roquefort: hasta que muera
Que yazca en esta torre, y vencedora
Que tremole sobre ella mi bandera.

Lot. No mientras viva yo, no; será á
precio
De mi sangre.

(Va á salir tras el conde y este le aparta.)

Conde. No llega á tí mi encono;
Apartate, francés, yo te desprecio.
(Aun insta por salir y Zelina le aparta
también.)

Zel. Aparta, Roquefort, yo te perdono.
(Cierran y vanse.)

ESCENA XIV.

LOTARIO.

¿Qué es esto? ¿Me desprecia... me perdona!
¡Perdon, desprecio! ¿á mí? ¡por vida mía!
Mas él en Roquefort, ¿qué pretendía?
¿Vengarse?... ¡y sin venganza le abandona!
Y esa esclava, ¿á qué vino si me abona?
Sueños son de mi loca fantasía.
¡Triste, triste de mí! sueño, deliro...
Es ilusión cuanto oigo y cuanto miro.

ESCENA XV.

SALEN POR EL PUENTE ALGUNOS SOLDADOS DEL
CONDE Y PARTEN POR EL BOSQUE. DESPUES
ESTE, Y DETRAS ZELINA. HASSAN SE
ASOMA A LA MURALLA. EL CONDE AL SALIR
SE VUELVE, Y PERMANECIENDO EN EL PUENTE
CON ZELINA, LE DICE A HASSAN:

Conde. Con ese tercio en Burgos escogido
Guarda el castillo y que la Francia entera
Vea sobre sus torres mi bandera.

Has. Idos, conde y señor, con confianza.
(Vase Hassan. Zelina y el conde permanecen sobre el puente contemplándose

un momento, despues del cual el conde
la dice con voz solemne:)

Conde. Oye, mora, mis ojos han dormido,
Mas no mi corazón: de su venganza
La pasión justiciera se ha cumplido;
Ya cabe en él de amor una esperanza.

Zel., humilde. ¡Señor!

Conde, con solemnidad y señalando
al cielo. No hay mas que un Dios
omnipotente.

Zel., resuelta. Al que vos adoreis mi fe
se humilla.

Conde. Y ese turbante...

(Zelina se desciñe el turbante y le tira al
agua.)

Zel. Tráguete el torrente.

Conde. Corona en su lugar pondrá Cas-
tilla.

Vamos.

(La toma de la mano y la mora besa la
suya.)

ESCENA ULTIMA.

LOTARIO.

Oigo crugir... alzarse el puente...
(Se alza el puente.)

Se van. ¡Oh! era su voz, estoy seguro...

La percibí entre el ruido del torrente
Hasta aquí resbalar lamiendo el muro:

¡Miserable de mí! si á esa ventana
Me atreviera á llegar... mas ¿qué vacilo?

¿No era su propio sér esa africana?

Si, pobre corazón, late tranquilo:

Ella es su sér, su espíritu evocado

Al brio de mi voz... ¿qué hay que me asija?

¿Qué tengo que temer del padre airado,

Si en su nombre el perdón me da la hija?

Nada. Voy á asomarme con fiereza

(Se asoma.)

Y á ahuyentar la vision ensangrentada.

(Con alegría pueril.)

¡Oh! ¡no asoma, no asoma esa cabeza;

No suena, no, su horrible carcajada!

Cede mi estrella al fin; gozó... respiro...

Veo el monte y el parque... ¡y no aparece!

Y alejarse de mí por él los miro

Al resplandor del alba que amanece.

¡Son ellos! esa mora... ese hombre... ¡necio!

Idos, idos en paz, gente menguada;

Idos y de mi orgullo y mi desprecio

Lleve el aire hasta vos mi carcajada.

(Suelta la carcajada, el eco se la devuelve.

Hassan clava en la muralla la bandera

de Castilla. Lotario retrocede espan-
tado.)

¡Todavía está ahí! ¡voz del infierno!

¡Todavía me escuchas! ¡todavía

Me devuelves con eco sempiterno

Esta angustiosa carcajada mía!

¿Con qué vives conmigo eternamente?

¿Con qué no tiene fin este suplicio,

Ni tiene mas destino ese torrente

Que el de abrirme en su fondo un precipicio?

No, no: ¡ayayay de aquí... pronto, Argen-
tina.

Genaro, ¡pronto á mí!...

(Va á salir por la izquierda y retrocede.)

¡Cielos! ¿qué es esto?

Sangre... Argentina... ¡vil, él te asesina!

¡Ya entiendo ahora su perdón funesto!

Lo comprendo. ¡Ay de mí! no se me esconde

El porvenir horrible que me espera:

Esa voz, esa sangre me responde...

(A la ventana.)

¡Ay! vuelve, vuelve, detestable conde;

Mátame, sí, mas no de esta manera.

(Cae sin sentido y concluye el drama.)